

beis la opinión de Stendhal sobre el particular. El se declaró romántico. Y, además, era cónsul.

Saludemos, pues, á la señorita á quien en este libro se le expresa:

Angélica y Oriana,
Melisandra y Cordelia,
Margarita y Ofelia
te llamarán hermana.

A lo cual agrega el poeta fatal haciéndose el viejo:—¡No tanto, amigo mío, no tanto!

¡Oh! ¡que no pueda yo, señora mía,
aguardar que el botón se vuelva rosa,
embotando del tiempo que me acosa
la tiranía!

Toda esa "nonchalance" impera en la primera parte del volumen. Cánticos discretos, breves en su mayor parte, á la sordina, "en voz baja".

"La sombra del ala" debía estar bajo la invocación de Montaigne. Es un conjunto de variaciones sobre el "¿Que-sai-je?" eterno.

... Pero dí, ¿qué esfuerzo cabe
en un alma sin bandera,
que lleva por donde quiera
su torturador? ¡quién sabe!

.....
¡Oh padre de los vivos! ¿á dónde van los muertos,
á dónde van los muertos, Señor, á dónde van?

.....
¡Oh, buena hada! ¿tendrá Dios
piedad de nosotros?

.....
Mas, ya todos sabemos que el poeta puede cambiar con el instante, siendo su sucesión de impresiones y sensaciones á veces tan variadas como la

naturaleza misma. De este modo, no causa extrañeza el paso de algunas horas sonrientes y de algunos momentos optimistas. Aprobad, pues, que por éstas, por aquellas razones diga el cantor en veces ¡está bien! Y pues llega "papá Enero", estos versos:

Papá Enero, que tienes tratos
con los hielos y con las nieves
(y que sin embargo remueves
el celo ardiente de los gatos),

Guarda en tu frío protector
el cuerpo y el ánima en flor
de mi niña de ojos azules
(en cuyas ropas y baúles
hay castidades de alcanfor).

Mantén sus ímpetus, esclavos,
mantén heladas sus entrañas,
(como los fjords escandinavos
en su anfiteatro de montañas).

¡Pon en su frente de azahares
y en su mirar hondo y divino,
remotos brillos estelares,
quietud augusta de glaciares
y claridad de lago alpino!

El vive la vida europea. Mas de pronto le asaltan los recuerdos de su tierra. Madrigaliza á una niña de diez y seis años. A su amigo el ex-embajador Casasús, noble poeta, escríbele clásicamente:

Libio, yo estoy prendado de tal modo
de la naturaleza peregrina,
que ansiando en mi amor loarlo todo,

Le grito ¡bis! al ruiseñor que trina:
¡olé! á la onda que cuajó en espuma
y ¡hurra! al sol que calienta y que ilumina.

¡Gracias! digo al clavel que me perfuma
ó al lirio que brotó bajo mi planta,
y ¡bravo! á la oropéndola que empluma.

Y rima otras galanas palabras y casa otras lindas ideas, con una innegable maestría.

"El éxodo y las flores del camino" es la parte de verso de un libro en verso y prosa publicado con ese título. Es un corto "reisebilder". Notas de viaje, líricamente expuestas y rimadas. Es su "Parcours du réve au souvenir"; pero bastante lejos de Montesquiou-Fezensac!—Irlanda, Londres, Bretaña; y París, y mujeres, y artistas; y otra vez París; y Flandes; y Lucerna, y Bohemia; é Italia y París, y mujeres; y arte; y París; y París!

*
*

¿Te acuerdas, mi querido colega, de aquella joven parisiense, que en una comida de amigos, en su casa, te cantó unos versos hechos por ella, tan triste y tan dulcemente, versos de adiós? ¿Y que poco tiempo después se murió?... Aquella era una de tantas ilusiones de París. Ahora me he acordado de ella.

La literatura en Centro América.

EL POETA DE COSTA RICA

Costa Rica tiene el espíritu más ordenado y pacífico de todas las cinco repúblicas de la América Central; Costa Rica tiene sangre gallega; Costa Rica tiene un notable diplomático en Europa que

se llama el conde de Peralta; Costa Rica tiene el mejor teatro de aquellas regiones; Costa Rica tiene la corte suprema de justicia centroamericana en la ciudad de Cartago, y un edificio que le regala Carnegie; Costa Rica tiene un tranquilo pueblo de agricultores, y Costa Rica tiene un poeta. Tiene, es verdad, otros poetas, pero "su" poeta, el poeta nacional, el poeta regional, el poeta familiar se llama Aquileo J. Echeverría. Este poeta ha sido empleado público, militar, diplomático, periodista. Yo le he conocido hace ya muchos años, cuando era ayudante del presidente Cárdenas, de Nicaragua. En Washington, donde perteneció á la legación de su país, fué íntimo amigo de un distinguido argentino, el señor Attwell. Ha gustado siempre de la vida social y no ha andado muchas veces lejos de la vida del país de Bohemia. Su indestructible pasión fueron las amables musas. Después de errar en varias repúblicas centroamericanas, retornó á su país y se casó, y, como en los cuentos, tuvo muchos hijos. Su carácter, siempre jovial, siempre alegre, se opuso á los persistentes golpes de la mala suerte. Sus dotes intelectuales se fueron aquilatando con los años, pero el hada Carabosse que, como es costumbre, había aparecido ante su cuna en los instantes en que otras hadas buenas le dotaban con muchas cosas buenas, le hizo el poco grato obsequio de la mala salud. Y he ahí por qué, cuando escribo estas líneas, se encuentra el poeta de Costa Rica en un sanatorio de Barcelona. Ha venido á Europa por una disposición especial del Congreso de su país, en la cual, como sucede siempre en esos ca-

sos, se hace saber oficialmente y sin eufemismos, que es poeta y que es pobre. Desde su lecho de enfermo, prepara en la Ciudad Condal una nueva edición de sus versos el sentimental é ingenioso autor de *Concherías*.

¿Qué significa la palabra conchería? El distinguido escritor costarricense, señor Brenes Mesén, nos lo explidará: "Aunque la palabra "conchería" es bien inteligible para los nacionales, no estará demás indicar que en Costa Rica, de unos ocho años para acá, se llama "concho" al campesino, al aldeano. Por lo tanto, una conchería es una acción, ó una expresión propia de un campesino". Habla el poeta la lengua de los hombres rurales de su tierra. Una ráfaga del aire que acarició las melenas de Martín Fierro ó de Santos Vega ha pasado por allá. El canto brota del terruño como las flores y frutos autóctonos. Demás decir que Echeverría no ha tenido nada que ver con princesas propias ó ajenas; no ha contribuido á hacer odioso el alejandrino, no ha tenido jamás ningún rastacuerismo lírico, ni se cree un pistonudo genio. Tiene—¡ah, tener eso todavía, Dios mío!—tiene un corazón. Un corazón armonioso, sensible y lleno de alegría y de ternura. Ha sufrido las terribles de la escasez y está padeciendo las amarguras de la enfermedad y, sin embargo, no hay en él un solo instante de pesimismo y, como buen pájaro natural, dice su decir rítmico celebrando las cosas lindas de la vida y desper-

tando la sonrisa en los labios de los que escuchan su música jovial.

En pocas palabras sintetiza su valor uno de sus amigos, Antonio Zambrana: "No padeciendo ó afectando enfermedades forasteras, no enclenque y canija, no vistiendo trapos de París manchados de vino, sino fresca y colorada, la musa de Aquileo nació en Cot, ó en Barba; sobre eso puede haber disputa, y es muchacha alegre, honrada, si ligera de lengua, de muchas libras de peso. Aquí tienes amigo lector, algo no sólo de la raza, sino de la tierra algo genuino, espontáneo y sin careta; hombre que á otros no les empresta la lira, contentándose á veces, para su música, con una flauta de caña hueca, pero hecha por él del material de nuestros bosques. Imaginación traviesa, pero que sabe ponerse seria si conviene: ingenio peregrino, verbo sonoro y abundante, hay uvas de lo mejor de Andalucía y naranjas de aquí, con semilla de Valencia, en el plato que te presento; regala tu paladar y sé agradecido." Si, puro, espontáneo; ciertamente, contentase á veces para su música con una flauta de caña hueca hecha por él del material de nuestros bosques. Pan hacia lo mismo, dirá él. Su verso es bien modulado, y aunque diga cosas de la patria nativa, demuestra su descendencia clásica, la fuente original de donde ha fluído el admirable y bien sonante romancero castellano.

Echeverría habla bien su lengua patriótica. Para Rafael Obligado sería el numen de Aquileo simpático como su apellido. Y yo aprovecho la ocasión para declarar cuánto me encantan los poetas que,

como el árbol de su floresta, dan la flor propia. Mi vida errante explicaría mi cosmopolitismo de antaño, y mi exotismo el ansia de lo deseado.

Otro escritor, compatriota de Echeverría, dice: "Quien conozca nuestro pueblo y su lenguaje expresivo y sencillo; quien haya vivido nuestra vida y fortalecido el cuerpo enfermo con las emanaciones suaves de esta tierra; quien haya puesto su alma en contacto con esta naturaleza soberbiamente prolífica, tranquila y bella, no dejará de leer con amor los versos de este libro, porque de todos se desprende el vaho fortificante de nuestro suelo". Así ha sucedido, pues ningún otro poeta en Costa Rica tiene, como él, ni tantos lectores, ni tantos afectos conquistados.

*
**

Yo conozco la tierra de Echeverría. Los campos son fecundos y risueños. Si en las costas quema la furia solar del trópico, en el interior el clima es fresco y la vida apacible. Los campesinos tienen casi todos tipos europeos. En montes y campañas podréis hallar incultas bellezas, de hermosos rostros y voluptuosos cuerpos. Si he visto en San José, la capital, damas incomparables y mozas de la cofradía del diablo que en París hubieran sido unas bellas Oteros, pude admirar en mis excursiones mujeres é hijas de agricultores y carreteros, el rosado pie descalzo y la cabellera al aire, y para galantear á las cuales habría yo solicitado de mi amigo Aquileo algunas de sus gratas concherías. ¡Su musa lo

sabe decir con tanta gracia y donaire! Su musa: hela aquí tal como él la pinta:

Mi musa es joven y ardiente,
morena, de erguido seno,
boca sensual y más roja
que las bayas del cafeto;
blanca y firme dentadura,
que es albo nido de besos;
ojos grandes y expresivos,
dulces, brillantes, serenos.
Una espalda tentadora,
mórbida como su cuello,
unos brazos que si abrazan
es difícil salir de ellos.
Corre por su cuerpo criollo
la roja sangre del pueblo,
fresas fingiendo en su boca,
rosas en su cutis terso
y en la gloria de sus ojos
cálido fulgor de incendio.
Canta á mi patria adorada,
canta á mi ubérrimo suelo,
á mis floridos rosales,
á mis frondosos cafetos,
al mozo fuerte y honrado,
alegre, bueno y sincero,
á la moza de alma blanda
y de durísimo seno,
á nuestras altas montañas,
á nuestros valles risueños,
á nuestra tierra fecunda,
á nuestro límpido cielo.
Que no brinda en copa de oro,
sino en los cálices bellos
que le ofrecen los claveles,
ya de nieve, ya de fuego,
que embalsaman con su aroma
mi apacible y caro huerto.

Desde luego, no estamos aún escuchando la parla de los conchos.

Ese romance revela su origen castizo y suena á

España. Lo propio que cuando dice sentires de hogar y casa paterna, ó cuando planta un tipo netamente popular costarricense al modo con que los maestros españoles nos han dejado la figura de los jaques andaluces ó de los chulos madrileños. ¿Qué deciros si hasta, de pronto, aparece el recuerdo del sencillo helenismo de aquel honesto don Juan Meléndez Valdés?

Es Clori, la esposa
del Céfito amante...

Ni las anacreónticas ni los romancillos son del poeta que he querido hoy celebrar, sino las gallardas, las nativas, las sabrosas concherías, en las que se encuentran, según las palabras del ya citado señor Brenes Mesén, "aliento fresco de los montes, respiración sana de terneras al levantarse la aurora, risas del campo cortando la tranquilidad de las horas..." Los usos y las costumbres del buen pueblo de Costa Rica, sus preocupaciones y sus supersticiones, algunas heredadas de los tiempos coloniales, sus maneras de divertirse, de enamorar, de pelear, sus duelos y sus negocios, todo dicho con sus provincialismos, con sus giros antigramaticales, pero semejantes á los de algunas regiones de España, todo ello se encuentra en los versos de Echeverría. El señor Brenes Mesén considera eso de importancia para los filólogos extranjeros. "No se le da bien disecado en su diccionario, sino viviente, tibio, como si se tomase de los labios mismos del pueblo. La transcripción se ajusta, tanto como es posible, para no chocar demasiado con los hábitos

existentes á la verdadera pronunciación popular. Allí está justamente su importancia. Las palabras que los gramáticos han condenado como impropias, son, con frecuencia, arcaísmos, y en todo caso se nos ofrece la oportunidad de ver que las leyes fonéticas que presidieron á la formación de la lengua castellana, siguen ejercitando su influencia á través de la distancia y los siglos.

Si desde la época anticlásica vemos que la *r* final de los infinitivos se asimila á la *l* delante de los subfijos, y así lo observamos en *Concherías*, necesario será concluir que la vida de nuestra lengua posee una pujanza extraordinaria, y que allí donde se encuentra la libertad de hacerlo, se desarrolla tan fuerte como en los primeros años de su aparición en la península ibérica. Entre vocales, la síncope de la *d* fué ley constante, y así subsiste en nuestro lenguaje popular, que la suprime indefectiblemente en los participios de la primera conjugación. La elisión de la *o* y de la *e* delante de palabras que principian por vocal, también la observaron los castellanos y es ley dominante en la lengua "tica" y americana en general. Ticos se llama en Centro América á los habitantes de Costa Rica. Desde luego, demás está decir que para comprender algunas de las poesías de Echeverría se necesita un vocabulario especial, como sucede en casos semejantes, así sea un soneto de Pascarella, un poema de Jehan Rictus, una página de Bill Nay ó de Fray Mocho.

Veamos algunos ejemplos. Transcribiré el romance titulado *Un hermano*:

Bajo un mango corpulento,
y tendidos en la yerba,
junto á los bueyes que echados
perezosamente cenan,
están varios carreteros
alrededor de una hoguera,
que olla de hierro corona
montada sobre unas piedras,
y dentro la cual retozan
en el caldo que espumea,
ya las papas esponjadas,
ya el dominico de seda,
la blanca yuca de nieve,
la carne de rojas hebras;
el tiquisque delicado
asoma su faz morena,
ó se presenta el avote
en forma de barquichuela
y con la cara encendida,
que está muerto de vergüenza,
por ser primo del zapallo,
que es la verdura más fea;
el chavote su espinosa
y verde capota ostenta,
entre raíces y ñames,
camotes y berengenas.
De cuando en cuando se asoman
algunas palabras feas,
es decir, que varios ajos
suelen sacar la cabeza,
y todo ello confundido
en una igualdad perfecta,
en que todo sabe á todo
y huele de igual manera:
especie de democracia
que sus doctrinas condensa
dentro de la olla de fierro
que sobre robustas piedras
al beso de alegres llamas
canta, llora y burbujea,
vigilada por los mozos
que de bruces en la yerba
aguardan pacientemente
que se cocine la cena.

Algunas tortillas fiambres
que han adquirido dureza
junto á los tres tinamastes
que hacen escolta á la hoguera,
son retiradas, pues Marcos
dice que le olen á buenas,
y «quel pel» está seguro
que está cocida la cena.
Con dos sacos de gangoche
quitan la olla y se la llevan
á la orilla de un arroyo
que corre por allí cerca.
Después arriman los yugos
y muy alegres se sientan:
dan dos besos cariñosos
á sus chulas, las botellas,
que en el amplio vientre guardan
el contrabando, ó el «nétar»,
con que el Supremo Gobierno
explota al par que envenena.
—Échate un cuento, Milquiades.
—Go una historia verdadera.
—Que les cuente Sinforoso
la que le pasó en Atenas.
—¡Que lo cuente!

—¡Sí! ¡Contalo!

—Miren qué cosa tan fea.
Hará tres años descasos
que me hablaron en Heredia
pa ver si jalaba un flete
pal puerto de Puntarenas.
Yo puse mis condiciones,
y después de algunas negas
entre si tanto, sin cuanto,
convenimos en lo quiera.
Ya esos güeyes eran míos,
pero no tenía carreta.
Los Areías me consiguieron
lo que fué de Chico Cerdas.
Salimos como á las doce,
sestiamos en Alajuela;
al llegar á Los Horcones
ya estaba la luna puesta,
y resolvimos quedarnos

pa que los güeyes comieran.

—Muchachos, dijo Damián—
mientras se cuece la sena
¿por qué no v'alguno atrese
un trago de guaro Atenas?
—Yo voy, le dije.

—Está bueno.

—Treme un diacuatro de breba

—A mí dos riales de puros.

—Pa yo una vara de mecha.—

Me puse la alforja al hombro
y descolgué una linterna,
y me tercié á la cintura,
por si acaso, la cruceta.

Después de dale á los caites

entré por último á Atenas,

merqué todos los encargos;

y viniendo ya de vuelta,

comencé á sentir un tufo

como á la moda de mecha;

un tufo que no cesaba

por más y más que anduviera.

Me entró cierto recelillo;

pero voltié la cabeza

y nada vi, sólo el humo

que dejaba la linterna.

De pronto se oyó un chirrido,

me puse á parar la oreja,

y víde que en el camino

sola andaba una carreta,

sin ninguno que la guiara,

y sin güeyes ni compuertas;

y en el centro, en un atául,

el cuerpo de Chico Cerdas.

Eché mano á la cutacha

y me amparé de la cerca,

ise como cuatro cruces,

por supuesto con Pizquierda.

—«Hermano—me dijo Chico—

yo debo algunas promesas...»

A mí se me jué el resuéllo,

me se aflojaron las piernas,

me sucedió una desgracia,

me se adormeció la lengua.

Me encomendé á las tres Dulces

y á la virgen Margalena,

y le dije como pude:

—«¡Decí... lo... que... te... se... ofrezca!»

Se sentó dentro el atául

(caramba que pestilencia

iedor á recién casada,

ó como á letrina vieja,

ó como á güevos podridos,

ó como á nido de perra.)

—«Le debo—dijo el difunto,

después de hacer unas muecas—

le debo á Concho Paniagua

tres pesos de una rialera,

á «mano» Froilán, seis reales;

á San Roque, una novena;

á Chico Antillón, dos pesos,

de un muerto que alcé en su mesa.

Deciles á las muchachas

que á vos te doy la ternera,

y el armario con el bául,

y mi cama y mi cruceta.»

Después se desapareció

el fantasma y la carreta.

A yo me hallaron trabao

á la orilla de la cerca.

Estuve dundo de viaje

más de una semana entera;

iba á andar y no podía,

iba á explicarme y la mesma,

hasta que mano Froilano

me aconsejó que me juera

á contale al Padre Chico

ce por be la contingencia;

me llevaron, le conté,

y se puso hecho una fiera;

sólo le faltó mentame

la mama dentro la iglesia;

me puso como un petate.

Enañiticas, me pega,

y me llamó fariseo,

mentiroso y poca pena;

¡pero, hombre! al rato ya estaba

sano de pieses y lengua.

—¡Ese jué milagro grande!
 —Un milagro de deveras!
 —¿Y los puros?
 —¡Pero ni uno!
 —¿Y la cusasa?
 —¡Ni señas!
 —¿Se la atoyaría el dijunto?
 —¡Puede ser que asina juera!
 —¡Jal jjal jja!
 —¿De qué te ríes?...
 —Estoy pensando en la mecha.
 ¿La mecha sí pareció?...
 —¡Sin que le faltara una hebra!
 —¿Pa qué te la dejaría?
 —Yo me figuro que juera
 pa enrollásele en el güecho
 ¡á la sonta de tu agüela!

¿Decidme si en lo que comprendéis de esa relación y de esos diálogos, al lado de algo baturro gallego ó andaluz, no percibís la taimadez y la picardía gauchescas, que el argentino Álvarez y otros han hecho perdurar aun después de la casi desaparición del gaucho? Hay otras poesías de Aquileo Echeverría en que eso se demuestra más claramente, y ello podrá comprobarlo quien lea su ameno libro.

Yo debo declarar que si en sus poesías de sentimiento me conmueve tanto como el murciano Vicente Medina—¡quien tan admirablemente ha seguido una poetisa, también de Costa Rica, cuyo nombre no recuerdo en estos momentos—en los cuentos y descripciones criollas, aun en los que casi se dirían trabajos de folk-lorista, me perfuma y melifica el humor, me brinda el impagable regalo de la risa, de la honradez literaria, después de soportar tanta imitación desatentada, tanto pseudo

modernismo, tanta farsa intelectual como los que han invadido la literatura española é hispanoamericana al amparo de la libertad del Arte y de la sinceridad y noble entusiasmo de los iniciadores.

Poesía asturiana.

Los poetas de Asturias, esto es, los poetas que escriben en asturiano y los que escriben ó escribieron en castellano, son poetas castellanos ó españoles. Los dialectales hablan la lengua del terruño, expresan el alma popular, tienen un noble abolengo que se arraiga en un recóndito pasado. Tal pensaba leyendo, en la playa cantábrica, la antología de Caveda y Canella Secades, y en algunos periódicos locales, poesías de los poetas que cantan ahora.

Es el lenguaje armonioso y sonoro como la antigua fabla, con la cual tiene más que semejanzas. No sin razón la tenía en tanto precio aquel gran asturiano que se llamó D. Gaspar Melchor de Jovellanos, que escribió una notable instrucción para la formación de un *Diccionario bable*, que puede leerse en la colección de sus obras, publicadas é inéditas, de la Biblioteca de Rivadeneyra.

En la antología que he citado, hay poesías de autores de pasados tiempos, y cantares anónimos, de esos que en todas partes brotan del corazón popular y circulan de boca en boca, sin que se sepa quién los compuso.

Don Antonio González Reguera fué un discreto y

muy gracioso rimador de Asturias, que nació á principios del siglo xvii, y del cual se conservan algunas producciones. El romance que trata del pleito entre Oviedo y Mérida sobre la posesión de las cenizas de Santa Eulalia, es muy gentil y de un sabor de época verdaderamente propio. Es la poesía más en dialecto asturiano que se conoce:

Quando ensamen les abeyes
y posen de flor en flor,
si les escurren s'espanten
vanse y non facen llabor,
dexando el caxello vieyo
pa buscar otro meyor.
Sant'Olalla fó l'abeya
que de Mérida ensamó,
enfadada q'adorasen
les fegues de llatón.
Entonces el rey don Gil
andaba en guerra feroz
con los moros que quería
encabezase en León.
Permitiólo aquesta santa
que les victories i dió,
matanza haciendo vi ellos
fasta q'en Mérida entró.
Llegó al pueblo d'esta ñeña
que temblaba de pavor,
y esconfiaba de so cutre
solliviada de temor.
Cutieron los santos güesos
viendo que s'arrodiyó;
si estovieren más carnudos
saldrín fei acatación.
Trúxoles el rey piadosu,
de llacería los sacó,
y metiólos per Uviedo
con gaites e procesión.
Mérida diz que i tornen
esta prenda que i faltó;
diga ella que quier ise
y aun con eso... quiera Dios.

Si quieren que la llarguemos
páguennos la devoción
ansí de los que finaron
como de los q'ora son.
Díguenlo al Santo Sudario
ver quiciás si da razón,
pos non tien utro cuidado
el Señor San Salvador.
¿Quián ora i lo mandará?
bien s'echa de ver que nos:
si nos lleven esta santa
no hay más d'arrimar la foz.
Dirán ellos:—«Morrió acá»;
diremos nos:—«Non morrió,
q'está viva par' Asturias,
si está muerta para vos».
Y aunque la lleven, m'obliga
que se torna per u fó,
porque dexa conocidos
y gran comunicación.
Si por amor d'esta santa
Extremadura llibró
el Principado heredero
puede ir tomar posesión.
Ella está muy bien acá,
l'otro vaya per ú fó,
porque están de nuestro llado
l'obispo y gobernador.
Nosotros los de Capote,
cual con un ral, cual con dos
seguiremos iste pleito
fasta llevalo ente Dios.

Es la antigua voz de este pueblo. Supongo que la habréis comprendido, los que podéis leer á Berceo y á Segura; si no, vaya en obsequio á los asturianos del Río de la Plata que me leen.

Del mismo autor de ese romance se conservan algunas composiciones de asuntos clásicos, hechas de manera burlesca, como fué uso entre ciertos humanistas de buen humor.

Así *Dido y Eneas* y *Hero y Lleandro*. Solamente que algunos copiantes desfiguraron los versos originales, según dice el Canónigo Posada, "ora por los que no entienden el bable, ó ya por escrupulosos y timoratos, que los castraron de palabras y expresiones menos decentes y substituyeron en su lugar otras y hasta octavas enteras". Temblemos pensando en cómo hubiera quedado la obra del Arcipreste de Hita si otros copiantes le aplican semejante castración. No obstante, en lo que queda de González Reguera, las sales y picantes no faltan. Así en *Hero y Lleandro* hay octavas como ésta:

Mató así cinco toros y acabóse
la fiesta sin facer seña nenguna.
Baxó la ñeña y el galán posóse,
y acompañóla por probar fortuna
yo pienso q'ella, p'hácia sí folgóse
de bella cavo sí, que ño hay delguna
sí quier bien, q'á les dures ó apretades,
non i ximielguen llugo les corades.

Hay un D. Francisco Bernaldo de Quirós y Benavides, de quien se tienen pocos datos biográficos, pero del cual se sabe que "pertenebió á la noble casa de Quirós, después que D. Francisco Bernaldo de Quirós, décimoquinto descendiente del fundador, casó con D.^a Jerónima Bernaldo de Quirós y Benavides, llevando los sucesores desde entonces este último apellido á continuación del de Quirós." Del D. Francisco poeta es un romance que califican los antólogos de "precioso romance jocosero, acabado modelo descriptivo, donde compiten á porfía el fácil poeta y el consumado jinete." Vale decir que nos las habremos con un antiguo sportsman:

Señor don Pedro Solís,
el que tien e'nes corades
un macón de sacaberes
y un camberu d'allacranes;
el del Mayuelu con zunes,
sí non quier que i lo llame
pieza de Baldeburón
que sal bien, pero ye tarde;
alferi mayor d'Uviedo
q'unque pese á quien pesare,
puede meterse á conceyu
sin quitar les sos polaines.
Sepia so mercé q'agora
que han de fer en todes partes
al mayorazu d'Asturies
xuramentos prencipales,
se m'ofrez el proponei
un truecu para que saque
un bon rocín ne los díes
que ñarbole l'estandarte.

Para comprender ciertas alusiones son precisas notas, y además os haré gracia de más copia, puesto que no estais como yo en este buen suelo asturiano, en donde hay tan gallardas muchachas que hablan su viejo dialecto, y alegres gaitas, y mar soberbio, y sidra que hay que saber "espalmar", como lo hacen los joviales visitantes que vienen á merendar al amor del azul y de la mar: a espuma. No os hablaré, pues, sino de paso, de los viejos cantores, como cierto impagable D. Antonio Baldivares y Argüelles, festivo—[todos festivos!—y de quien se cuenta que fué "de carácter alegre, jovialísimo y propenso á bromas y ejercicios divertidos, demostrando un buen humor que no abandonó hasta los últimos momentos." O del latinista don Bruno Fernández Cepeda, también regocijado, con

todo y ser dómine, ó por lo mismo, y que dice en uno de sus romances:

Entra el potrumedicatu
con sos paxes y corchetes,
y, echándose sobre min
com'unes utres famientes,
desalforxando sos chismes
entre dimes y diretes,
me esfarrapen á sangries,
me destocinen á friegues,
me chamusquen con ventoses,
con baños me despelleyen,
con xiringanzos m'esfonden.
con supedanos me tuyen,
con agües me desbauticen,
con untures me esfelpeyen,
con emplastos me taracen,
con gataplastes me afrellen,
con parches me destapinen,
con cantarigues me esfuellen.

O bien doña Josefa Jovellanos, hermana del famoso don Gaspar, y la cual, aunque grave y devota, como que se metió monja, no demuestra en sus versos sino un natural risueño y poco dado á melancolías. Y luego don José Caveda, varón sabio, que sentimentalizó en tales ó cuales versos, sin que abandone la tradición jocosa del país; y los anónimos, en fin, como el autor del poema *La Judith*, ó los de tantos cantares como éstos:

En Candas hay bones moxes,
en Avilés la flor de'elles,
en Luanco mielgues curades
y en Xixón paraxismeres.

Y los que dicen la historia de Maruxiña, la historia eterna de todas partes:

Ay, Maruxiña,
la barriga duelte;
por so les faldes
coxiste la muerte.

Ay, Maruxiña,
tu fusti á los figos,
fusti muy tardi
y ya estaban coídos.

Ay, Maruxiña,
tú fusti á los prumos,
fusti tempranu,
no estaban maduros.

Ay, Maruxiña,
del pie delicau,
¿quién te mandó
reblincar en mio'prau?

Y algunos de muy ingenua y práctica filosofía popular:

Quixe casame contigo,
y eché lleña en to portal,
dácame acá la mio' lleña,
que non me quiero casar.

El que sabe como files
y cómo quies tu coser,
primero va pa'l hespicin
que te escueya por muyer.

El cura del mio' lugar
ye prontu pa recibir
y muy tardío pa dar.

Actualmente hay varios tocadores de lira que lo hacen con bastante bizarría y donaire, tales Bernardo Acevedo, y un cierto Marcos del Forniello, y, sobre todo, un famoso Pepín Quevedo, orgullo de estos contornos. Todos ellos sostienen las tradicio-